

Libertad combativa

Teón Herrero



Capítulo 1

Sobre el marco de la enorme y pesada puerta de chopo, que tenía un manillar de oro puro y un visillo puesto del revés; una placa con el número 2 y un nombre ilegible.

Yo de pie, inmóvil, en medio de la habitación. Observaba, estudiaba, pensaba. Soñaba. Ansiaba. A mi izquierda una pared fría, iluminada sólo por la primera luz del alba, que entraba con prisa por el ventanal opuesto. Sobre mí un techo simple, descolorido, inclinado hacia el portón que se burlaba de mí a diez pasos de mi nariz.

Cuando el madrugador lucero alcanzó la placa dormida sobre el marco de la puerta, un fuerte destello cegó mi mirada y detuvo mi corazón. De alguna manera, al cerrar los ojos y abrir el alma, supe lo que tenía que hacer.

Pero, entre el pomo y mi mano derecha, una sombra nace del resplandor del nombre, aún ilegible, de la placa. La puerta no quería ser abierta. Un ser etéreo, cuyos ojos invisibles miraban a través de mí, como si nunca hubiera estado ahí. Como si no le importara. Como si ese no fuera mi lugar. Al darme cuenta, me senté, callé, y me escondí del resplandor de la mañana. Pues hay puertas que están mejor cerradas. ¿Quién soy yo, al fin y al cabo, para matar a la sombra?